

# REVISTA DE ARAGON

CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, calle de Torressecas, núm. 5, principal; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Meneandez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *La Provincia*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Señores Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá *expresamente* al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Torresecas, 5, principal, Zaragoza.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 >	18 >	32 >

Números sueltos, cincuenta céntimos de peseta.

## PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta . . . . .	60	Cuarto de página . . . . . 16
Media página . . . . .	30	Octavo de id. . . . . 8
		Dieciseisavo de id. . . . . 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de *quince por ciento*; si de seis á ocho veces, una de *veinticinco por ciento*, y de nueve en adelante, una de *cuarenta por ciento*. Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja de *diez por ciento*.

## CRÓNICA ARAGONESA.

*A enemigo que huye, puente de plata.*

Así podría, á mostrarme revistero de atrabillario humor y de acerada pluma, dar principio á esta Crónica; pero la mansedumbre es una de las escasas cualidades de bondad que poseo, y la benevolencia endulza y suaviza los rigores de mi estilo endiablado y de mi musa coja y desabrida. Además: otro temor, harto natural y atendible, me veda, pese á quien pese, comenzar de aquella suerte; que *hablando del ruín de Roma...* podría asomar de nuevo aquella compañía lírica que actuó por espacio de cuarenta noches, aunque no consecutivas, en el teatro Principal, para volvernos á hundir en otro paraíso de delicias, y francamente, el exceso del placer enerva, y aún dicen que afeмина.

\* \*

Pero *justicia* ante todo y sobre todo.

El público aplaudió la última noche—acaso por ser la última—á los líricos artistas, que se despidieron cantando mejor, ó ménos mal, que de costumbre.

Además: es justo consignar que las señoras Montesini y Senespleda, la señorita Lumley y los señores Devilliers y Meroles tuvieron momentos de felicísima inspiracion.

Otrosí: el Sr. Sanchez de Madrid luchó brava y denodadamente contra los desbordamientos frecuentes de la orquesta.

Nota: no hay orquesta que deje de desbordarse ante aquella balumba de óperas, ni ópera posible con los *coros* aquellos, ni posibles otros coros con el *precio aquel* de localidades y de entrada.

Conste.

\* \*

¿Y *Pignatelli*?

¿Qué ofrece el artístico coliseo arrullado por las áuras mansísimas del Huerva?

¿Acaso escaramuzas precursoras de una gran batalla?

A Terpsícore y á Talía comenózose á rendir culto allí, y los sacerdotes y sacerdotisas encargados de los sacrificios *sacrifican* en abundancia, si bien á intervalos hebdomadarios.

La señorita Catalan, empero, demuestra en los albores de su vida artística estimables dotes, excelentes facultades para cultivar el género cómico, ese género que ha hecho popular entre nosotros á Pepita Hijosa.

Siga por ese camino la infantil artista y su camino será una senda de flores.

\* \*

Ya que de asuntos de arte hablamos, debemos consignar que en la última velada que se celebró en el Centro Mercantil, obtuvieron grandes aplausos los señores Riera y Zabala, el primero al abordar una cuestion de vital interés para Aragon, y el segundo al dar lectura de varias composiciones poéticas, esmaltadas de delicados pensamientos y llenas de sonoras cadencias.

\* \*

A riesgo inminente, pues intachable no soy, ni lo fui jamás, de que me tilden VV. de progresista, más que á la antigua, á *lo siempre*, debo ocuparme otra vez de asuntos *artístico-viti-culinarios*, para dedicar con todo el desinterés posible un merecido elogio á D.<sup>a</sup> Rosa Fortis, que, en su rara esplendidez y buena voluntad, más rara todavía en los tiempos que corremos, obsequió no há muchas noches á varios periodistas—amigos *hasta allá* en todo cuanto con la política no reza aquí,—ofreciéndoles los portentos y maravillas que bro-

AÑO III.—15 DE MAYO DE 1880.—NÚMERO 9.º

tan, á platos llenos y á copiosos raudales, de la *cocina* francesa, adorable y sustancial *jamona*, muy dada á perifollos y arrumacos, y de las vides aragonesas y andaluzas, esas deidades sedientas, ardorosas, que en sus arrebatos de amor no dudan en beberse los rayos de un sol de fuego para brindarlos despues en purpúreos racimos y en candentes gotas á los sacerdotes de Baco, en cuyas aras los sacrificios menudean tanto hoy como ayer, y como ayer y hoy prometen menudear mañana.

\* \* \*

Importantísimas mejoras dignas de encomio; confortables y lujosas habitaciones, comedores espaciosos y artísticamente alhajados; aparatos de gas, del mejor gusto aquéllos, y deslumbrador éste; *servicios* de mesa inmejorables, y pulidos *garzones* iberos é italianos, han convertido el antiguo y modesto *restaurant* de la calle de San Gil en uno de los establecimientos culinarios más importantes con que cuenta nuestra ciudad (y no diré—aunque pudiera—*el extranjero*, por que la frase pasó ya de moda).

No dudo, pues, en recomendárselo eficazísimamente á mis lectores, seguro de que, á fuer de *estómagos agradecidos*, han de hallar plausible la recomendación; pues allí el *gastrónomo con dinero* puede saciar su apetito poniendo á contribucion los reinos vegetal y animal, acuático y solar: hallando las aves en conserva y los peces convertidos en succulento pescado, la mar condensada en una ostra, el sol fundido en un vaso de Jeréz y la ambrosía de los dioses encarcelada en un áureo, sedoso melocoton de Campiel; consiguiendo el sibarita, por todo lo dicho y expuesto, regalarse y satisfacer sus gustos más refinados y hasta rayanos con las fronteras de lo imposible.

Y decir ó pedir más sería punto ménos que golearía.

\* \* \*

Frase que ha conseguido hacerse popular sin alardes políticos ni patrioterros, frase que ha hecho fortuna aún ántes de lanzarse al Océano, es aquella de que me ocupé en mi última Crónica, refiriéndose á la más hermosa mitad del género humano.

¿Cómo, lectoras carísimas y no ménos caros lectores, les parece á VV. que en la pátria de Gayarre y de Sarasate (es decir, en Navarra) el sexo feo ha dado en llamar á las bellas?

*Stradivarius* del amor.

\* \* \*

¡Contrastes de la vida!

¡Junto al placer el hastío, bajo las flores el áspid, el cieno sirviendo de lecho al lago azul y transparente, el desengaño matando la esperanza, la muerte hollando la juventud!

\* \* \*

¡La muerte!

¡Abismo sin fondo, á donde no llega la mirada del hombre para descubrir sus arcanos tenebrosos; sima á donde ruedan las ilusiones floridas trocadas en polvo; mano implacable que se ceba en todo lo

bello, en todo lo grande, en todo lo entusiasta y generoso; soplo que hiela, que mata las galas del vergel más fecundo!

Lleno de juventud; descorriéndose á sus ojos la inmensidad de un porvenir risueño, bañado en mágicos fulgores; cuando la vida le ofrecía todos sus encantos; cuando el amor de muchos séres queridos y el afecto y respeto de la amistad le envolvían en una atmósfera de dicha y bienestar, ha bajado á la tumba el Sr. Ascárraga, sumiendo en el desconsuelo á una familia desolada, á cuantos sabían apreciar las relevantes dotes que le adornaban y que difícilmente morirán en el mundo de los recuerdos.

\* \* \*

¿Quién no ha sentido resonar en el fondo de su alma aquellas paletadas de tierra que caen sobre una tumba?

¿Quién no ha visto caer un manto de tierra sobre el ataud que encerraba algun sér querido?

¿Quién no ha clavado los ojos sobre la fúnebre caja que iba en un nicho á ocultarse acaso para siempre á nuestras miradas?

¿Qué encerraba aquel ataud? ¿Qué habia en aquella caja? ¿Acaso un puñado de polvo miserable? Acaso la esperanza de una vida, la felicidad de un esposo, el corazón de una madre, el alma de un hijo, las ilusiones de un amante.

\* \* \*

Recuerdo haber leído este epitafio:

«¡ Ay, madre mia!»

Este epitafio, tan sencillo como sublime, es todo un poema inmenso de dolor y de amargura.

\* \* \*

¿Habeis visto esas flores que crecen al borde de las tumbas; esas flores estériles, amarillas, pálido emblema de lo fugaz de nuestra vida, en la mansión de los sepulcros?

¡Oh! Brotan de la muerte; su rocío son las lágrimas. ¡Hay lágrimas tan ardientes que las matan!

\* \* \*

¡Cuántas veces, al cerrarse aquella verja que oculta un mundo helado, sumido ya en las sombras del crepúsculo, he vuelto la cabeza tristemente sintiendo subir desde el corazón á los labios aquellos sublimes versos de Becquer:

*Dios mio, qué solos  
Se quedan los muertos!*

\* \* \*

Pero hay muertos que no quedan solos nunca, que siempre los llevamos en el alma.

Hay alma que es una tumba sin fondo; la vida de esa tumba son los muertos.

COJUELO.

## EL RAMO.

(CONCLUSION).

Ante aquel cuadro de muerte, iluminado por la luz amarillenta é iracunda del crimen, ante aquella escena terrible, digna del pincel de Salvador Rosa, los ojos y facciones de Cerdán se descompusieron y alteraron. Erizáronse sus cabellos, y dió algunos pasos como huyendo de un aterrador espectro. La angustia oprimió su corazón que cesó de latir á intervalos, frío sudor inundó su rostro, apagóse el brillo de su mirada; febril temblor estremeció sus carnes, y llevándose las manos á la frente como para contener la razón que se escapaba cayó, cual la encina á los golpes del hacha. Luego, se incorporó, lanzó miradas de cobarde miedo, una nube tempestuosa de lágrimas pasó por sus retinas, cruzó las manos y clavando los ojos en los cielos como para interrogarlos sobre su salvación, púsose de rodillas y empezó á agitar los labios con un movimiento apenas perceptible, como el que habla entre sueños. El pecador estaba orando. Su frente, manchada por el crimen, empezaba á ser purificada. La oración cubría de flores aquella alma emponzoñada. Todo ángel es hijo de una lágrima de arrepentimiento . . . . .

Cuando cesó de orar D. Luis, no se oían ya las bandurrias. Cansados de esperar á su compañero, los mozos de la rondalla, se retiraron. Aunque creían en la virtud de Justina, al marcharse, se permitieron ciertas chanzonetas por la tardanza de Jacinto, y aun alguno no pudo evitar un mal pensamiento.

Al poco rato Justina empezó á volver de su desmayo, y D. Luis, teniendo la mirada de la jóven, alejóse de un lugar cuyo recuerdo sería su dolor eterno.

Aquella misma noche emprendió su viaje para recibir sobre el Santo Sepulcro el bordon de peregrino. Llevose el ramillete de verbena para que aquella flor le atormentase con la memoria de su crimen.

## VII.

Al día siguiente murió de desesperación la madre de Jacinto. Los dos ataúdes fueron conducidos al cementerio, á la luz de un mismo sol. Sobre el fúnebre tañido de las campanas, en aquel entierro, oíase un eco que partía y helaba el alma, oíase el sollozo de uno de los seres verdaderamente sacrificados en la trágica noche de S. Juan, el sollozo de Justina, para la cual toda la vida se compendia en la vida que en Jacinto se extinguiese, y condenada á padecer y á no morir, á tener por únicas amistades el luto, la soledad, la tristeza, á una angustia de todas las horas, que muy luego fué algo de espantoso desvarío.

El dolor intensísimo que desgarraba el pecho de la jóven, en los aniversarios de los días solemnes, era una enfermedad, una fiebre, una epilepsia horrible, y en los demás, la infinita amargura de su pena declaraba al tiempo incapaz de crear la triste, serena y majestuosa melancolía que toman con los años, los recuerdos por los muertos.

Las caldeadas lágrimas que dejaban como las huellas de un hierro candente en la cara de Justina, á fuerza de encenderle de dolor los ojos, calcinaronle la vista.

Aunque bajo sus pestañas no había luz, aunque quedó sin color en los labios como estátua cineraria sobre un roto sepulcro, aquella figura celestial nada perdió de su carácter, no hizo sino cambiar de belleza. Murillo no hubiese buscado el tipo de otra Dolorosa.

Tres meses despues de la desgracia de Jacinto murió Justina de tristeza.

La casita del monte cerróse, á la vez que en el Campo-Santo el hoyo donde quedó sepultada con el cuerpo de su amado, la más bella y graciosa de las criaturas.

Desde aquel día, blancas palomas y dulces tortolillas posábanse á orar por los dos amantes sobre la tosca cruz de su tumba, en torno de la que crecían un mirto, una lila y un rosál. Diríase que las almas de Jacinto y Justina habían florecido, pues aquellas flores querían decir las primeras emociones del amor, el amor infinito y la pasión universal. Una trepadora tejía guirnaldas al rededor de la lila festoneándola de hojas brillantes, de cálices amorosos y escribía en sus espirales la frase, lazos eternos.

Aquel mirto, aquella lila, aquel rosál, esta madre-selva, letras eran del más poético y tierno epitafio.

## VIII.

Algun tiempo despues de los sucesos referidos, las inmensas llanuras españolas fueron teatro de una guerra fratricida. El premio del vencedor consistió en la corona de Carlos V.

Carlos II mandó á Luis XIV, envuelto en su testamento, el cetro de los Felipes, aquel cetro que se hizo con oro del sol arrancado al cielo por la forzada mano de nuestros conquistadores. Apenas el cadáver del Rey Idiota fué cerrado en urna de bronce allí *en donde*

Bajo eterno silencio y mármol frío  
La muerte á nuestros príncipes esconde

y el gran Quintana llamó á juicio en nuestra época «á los reyes que encadenaron á España, estragándola con victorias alcanzadas á fuerza de oro y de vidas,» las lanzas francesas tintas aun en sangre de los valientes de Rocroy vinieron á herir el pecho de la nación-héroe.

Cataluña, Aragon y Valencia sobre todo, fueron sembradas de ruinas, en medio de las que la negra columna de Almansa, — impía burla al heróico sacrificio de los que se aliaron con la muerte ántes que besar las espuelas de oro de D. Felipe, — tanto ha afrentado la memoria del monarca *inútil*

Nulo igualmente á la virtud que al vicio  
Indigno de alabanza ó vituperio,

que hiciese enrojecer de vergüenza el rostro de los laureles de S. Quintín y de Pavía, al entregarlos á la Francia para que con ellos tejiera las triunfales coronas de Brihuega y de Villaviciosa.

Los moradores de la aldehuela de Cerdan huyeron de las huestes del Duque de Anjou, como huye el tímido conejillo del galgo, y cuando terminó la guerra quedaron todas las casas destruidas, roto el puente levadizo y en ruinas el castillo. Entre los innumerables montones de escombros solamente había en pie una torre sin cruz y sin campanas, inútil para la tierra y el cielo, cual un corazón sin amor, como diría Trueba.

Era un lugar desierto, frío, desamparado aquel valle, cubierto de juncos y de zarzas que brotaban allí donde en otro tiempo se extendían fructíferas huertas.

Algun álamo enteco mecíase en las cercanías de las charcas; algun árbol, veíase al borde del río, agobiado por sus recuerdos y por sus años. Sólo una encina elevaba con magnificencia sus ramas á lo alto en la cresta de un montecillo, y protegía un santuario con su sombra.

Más tarde otro edificio, en la loma que limita el horizonte por el Sud, á la cual iban las muchachas á solazarse el día de S. Juan, la ermita de S. Francisco de Borja, recordaba un suceso que había turbado la alegría de dos amantes. El ermitaño se llamaba D. Luis de Cerdan. Este, despues de haber recorrido la Eu-

ropa con sombrero y bordon de peregrino, pidió al rey de España y lo obtuvo el indulto de la pena que le impusiese el tribunal de los hombres. Con un pequeño caudal que tenia escondido en un subterráneo de su castillejo, levantó aquel modestísimo templete para consagrarse á la vida del arrepentimiento.

Allí, en aquellas soledades, donde se siente el poder de Dios cuando la tempestad cubre con sus negras alas el manto azul tendido sobre nuestras cabezas; donde el cielo pregona con sus sonrisas de paz la misericordia del Juez Supremo; donde en el fondo de la Creacion se ve la divina imágen del gran artista del Universo; donde la plegaria brota de los labios tan naturalmente, como del pico de los ruiseñores y de las tórtolas al caer la tarde, el *Ave-Maria*, la *Salve* y el *Stabat Mater*; allí, en medio de la soledad de la naturaleza, templo suntuosísimo, cuya bóveda está sembrada de lámparas cubiertas de pedrería, es decir, de estrellas, cuyo santuario irradia divina luz, cuyas columnas son las montañas y sus pilas bautismales las fuentes, y su órgano el de las esferas y el incienso que llena sus naves el de las flores, y el cántico que lo anima el de los pajarillos artistas y el cortinaje que vela sus capillas el que forman con sus hojas las arboledas, y sus cuadros religiosos los que pinta el sol en su salida y en su ocaso, y sus estatuas el hombre... allí, repito, en la soledad de ese templo suntuosísimo de la naturaleza, donde se encuentran la muerte y el sacrificio, el iris y el arrebol purísimo en que el alma se abraza á la Gloria, roció Cerdan su espíritu con el bálsamo hermoso del dolor y lo hizo hostia digna del corazon que habia de recibirla en la opuesta playa de ese mar que baña las costas de este mundo y las costas floridas de la eternidad.

Cerdan encontró en la oracion, perfume del alma, tributo de humildad, debilidad y adoraciones depositado en el ara, el consuelo de sus penas y el camino que conduce á los vergeles del paraíso.

Las lágrimas purificaron aquellas manos que manchaba el crimen....

D. Luis murió como el justo.

Su cuerpo fué colocado en la sepultura que pocos dias antes de morir habia abierto bajo una losa de la ermita.

Un sacerdote esparció agua bendita y verbena sobre el cadáver. Luego cerró el sepulcro con una losa funeral y por todo epitafio hizo escribir en letras de bajo relieve el nombre del ermitaño y R. I. P.

### VIII.

Del castillo, sólo queda en pié la torre del homenaje, segun manifesté al comienzo de esta historia.

Allí se albergan las aves de rapiña.

La ermita de S. Francisco, es un monton de ruinas solitarias.

Del jardín de la montaña consérvase solamente un tortuoso álamo. Justina le llamaba su reloj de sol. Ya no hace falta que su sombra señale la hora.

El Campo-Santo está lleno de ortigas, malvas y otras plantas parásitas.

Un campanario recuerda dónde estuvo la iglesia.

La única voz que en el desierto valle resuena es la del esquiloncillo de la ermita, donde vive el descendiente del ermitaño que levantó aquel templo. El viajero le ve con frecuencia hincado de rodillas al pié de la encina que estiende sus ramas frente al santuario. Aquella oracion le dice que entre aquellos montes, sepulcros de un pueblo, vive un amigo de los desgraciados.

A. Rosa.

Marzo, 1872.

## EL SACRISTAN DE VILLASOMBRIA.

### I.

Si no me equivoco, el pueblo se llama Villasombria, y aun creo que no dista mucho de Búrgos. Su posicion es de lo más extraño que puede darse. Situado en una estrecha cañada que forman dos inmensas montañas cortadas á pico y siempre cubiertas de nieve, parece que sus escasas y miserables barracas han querido ocultarse de tal manera á las miradas de todos, que hasta el sol mismo, ignorante sin duda de su existencia, jamás ha dorado sus techos con sus vivificadores rayos.

Sumido en un eterno invierno y en una noche casi constante, ni una flor brota del árido suelo, ni una planta olorosa embalsama el aire, ni nadie ha visto jamás que en la alta torre de su iglesia vaya á anidar una de esas errantes golondrinas que vienen todos los veranos á contarnos con su ininteligible charla las cosas que han visto al otro lado del Estrecho. Los mismos reptiles que anidan entre sus piedras se arrastran silenciosos como si temieran turbar el fúnebre silencio que reina allí.

Se diría que aquella, ya que no la ciudad de la muerte, es uno de sus arrabales. Para que la ilusion sea completa, el único lugar que rompe un tanto la monótona hostilidad de aquella muerta naturaleza, es el cementerio.

### II.

No recuerdo qué extraña casualidad me habia llevado á aquel miserable pueblo, pero lo que sí recordaré mientras viva es que una de las pocas tardes que pasé en él me dirigí al lugar en que descansan los muertos.

Cuatro paredes formadas de informes pedruscos pardos y sin otra union que el musgo que la humedad hacia brotar en los intersticios, limitaban un campo rectangular y de corta extension. La puerta, tan rústicamente labrada como los muros, estaba abierta. Mi afición á la paz y el recogimiento que en tales sitios se respira me hizo entrar.

La escasa vegetacion de tan ingrato suelo parecia haberse refugiado allí. Una musgosa y pálida hierba que cubria el suelo, dejando asomar de trecho en trecho la terrosa superficie, hacia el efecto de una raída alfombra que el paso continuo hubiese llenado de agujeros. Algunas trepadoras bardanas y unos cuantos amarillentos lampazos se arrimaban á las paredes, no sé si porque teniendo conciencia de su debilidad buscaban un fuerte apoyo, ó si porque asustadas de la soledad trataban en vano de huir. Lo único que indicaba que bajo aquella tierra dormian el sueño eterno algunos seres humanos eran unas cuantas cruces de madera toscamente labradas y dos ó tres montecillos de piedras con que una mano cariñosa habia señalado tal vez una tumba querida.

Embargado estaba por la dulce melancolía que en nuestra alma, nostálgica sin duda del más allá, despiertan la soledad y el recogimiento de un cementerio, cuando mis ojos tropezaron con la figura de un hombre.

Su aspecto hacia fijar en él involuntariamente la atencion. Su traje, completamente negro y en nada parecido al de los habitantes de aquellas sierras, tenia tanto del clérigo como del seglar. Sus facciones finas y correctas y sobre todo una frente ancha y espaciosa, que en vano trataban de ocultar algunos desordenados mechones de cabellos negros como las alas de un cuervo, estaban cubiertas de esa amarilla palidez que tienen las estatuas antiguas. Sus ojos dulces y tristes despedian una claridad azulada como si hasta ellos llegára el resplandor del misterioso nimbo de

los fantasmas que aquella mirada siempre vaga é inquieta debía estar contemplando eternamente. En aquel hombre se conocía desde una legua que miraba más hácia adentro que al exterior, es decir de esa manera que segun el vulgo es peculiar exclusivamente de los locos y de los soñadores.

No sé si un presentimiento de compasion ó de simpatía me arrastraba hácia aquel hombre, pero lo cierto es, que sin ser dueño de contener mis impulsos me decidí á sacarle de la meditacion en que parecia sumido.

—Buenas tardes, amigo, le dije acercándome al sitio en que se encontraba.

—¿Es V.? murmuró fijando en mí sus dulces ojos. No sé por qué tenía confianza en que no se iria V. del pueblo sin haberme hablado.

—¿Me conoce V.? le pregunté con estrañeza.

—Sí, me contestó con seguridad. Nos hemos debido ver en alguna parte... no importa donde. Pero el hecho es que desde que le ví aquí por primera vez, dije para mí: Ese es el único hombre que puede comprenderme.

—¿Me podrá permitir preguntarle su nombre?

—¡Mi nombre! Hoy eso es lo de ménos. Aquí me conocen por *el loco*: tal vez tienen razon para llamarme así. Un enterrador y un sacristan que no piensa en otra cosa que en remover la tierra con el azadon y en ayudar á misa, es un hombre privado de razon. Bueno es que V. lo sepa; yo estoy loco.

Habia tal amargura en sus palabras, sus razonamientos estaban en tan abierta contradiccion con aquel aserto que, sin acertar la causa, me estremecí. Pero mi estraño interlocutor saliéndome al encuentro me distrajo, diciendo con dulzura:

—Usted no se asustará. Creo que somos compañeros.

—¿Compañeros? le interrumpí un tanto amostazado.

—Sí, continuó con la misma dulzura. Usted tambien es *un loco*, que de seguro como yo se olvida de las fosas que tiene que cavar y de las misas que debe ayudar, por mirar muchas cosas que las gentes no ven.

Al oír aquellas palabras no puede ménos de sonreír.

—Pero ¿cree V. que tambien yo soy sacristan y sepulturero? le repliqué.

—Me figuro que no. Pero he oído decir que es V. poeta, y de seguro no le faltará alguna ocupacion de que le distraigan esos sueños que turban la razon de los que buscamos algo que no hay aquí abajo.

—¿Es decir que V. tambien hace versos?

—Sí, me contestó. V. es á la primera persona en el mundo á quien hago esta revelacion. Los hago, y creo que mis versos están por encima de los de muchos poetas que han dejado escrito su nombre en mármoles y en bronces. No se ria V. de mí; tengo la seguridad de que mi fama eclipsará algun dia la de todos ellos.

Al decir esto, su mirada se extraviaba, el color mate de sus mejillas se tornaba cada vez más amarillo y sus pálidos lábios se agitaban de una manera convulsiva.

Lo confieso; el sitio, la caída de la tarde, la fosa mal cerrada todavia que aquel hombre tenia á sus pies y aquellas estrañas palabras que lo mismo pudieran ser el pasto del cerebro de un loco, como la protesta de un hombre superior al medio en que vivía, me causaban una impresion parecida al miedo.

El enterrador debió leer en mi semblante la duda, y como si tratara de arrojar de sí todo lo que pudiera darle la apariencia de un insensato, me dijo con su acostumbrada dulzura:

—Quiero pedirle á V. un favor. Si V. tiene la paciencia de escuchar mis versos, despues juzgará. Yo mis-

mo no sé si la razon es mia ó de esas pobres gentes que me llaman *loco*... ¿Tiene V. dificultad en venir á mi casa?

Yo le seguí sin vacilar. La impaciencia me devoraba. Miéntras el estraño personaje cerraba la puerta del cementerio yo no hacia más que observar sus facciones. Unas veces me parecia verlas iluminadas por los resplandores del génio; otras me las figuraba sumidas en las tinieblas de esa noche del espíritu que se llama locura.

### III.

Aquello no era una casa: era una fosa poco mayor que las del cementerio, pero que no tenía á su alrededor ni aquellos amarillos lampazos ni aquellas raquíticas bardanas.

Por todo moviliario habia en ella una especie de mesa y dos taburetes que cualquiera diria labrados en la madera de dos ataúdes medio podridos ya por la humedad.

Un hueco enorme, abierto en una de las paredes servia de hogar. En él chisporroteaban unos secos leños. Una tea resinosa colgada de un clavo llenaba de humo, mejor que alumbraba, aquel negro cuadro.

Mi nuevo conocido estaba sentado en la penumbra de uno de los rincones de la estancia. En sus manos tenia un cuaderno de hojas amarillentas en que clavaba aquellos ojos, que tan pronto tenían toda la serenidad del cielo, como dejaban descubrir toda la negrura del abismo.

Su voz, rica en inflexiones y armoniosa como un instrumento musical, leia. Se hubiera dicho que la mano del Rey-Profeta agitaba las cuerdas de un divino salterio.

Lo que leía eran versos, mejor dicho unas rimas informes, incorrectas, mal medidas á veces, tersas y llenas de galanura otras, pero siempre grandiosas, con esa grandeza del Océano que hace pensar en los abismos que oculta.

Allí estaban concentradas la indignacion de Dante, el pensamiento de Goete, la amarga risa de Rabelais y de Cervantes, la serenidad puritana de Milton, el sarcástico escepticismo de Byron y Heine. Se creía escuchar el lamento de Job, la amenaza de Isaías, la carcajada de Juvenal. Pintaba á los hombres como Shakespeare, á los héroes y los dioses como Esquilo, á la naturaleza como Lucrecio. Miraba con ojos serenos los vastos horizontes llenos de luz de Víctor Hugo y tenia para todas las miserias de la tierra ora la sonrisa demoledora de Aronét, ora la actividad reconstructora de Juan Jacobo. Era, en fin, al propio tiempo el látigo que flagela y el bálsamo que se derrama sobre la llaga abierta.

Y todo aquello salia de sus lábios como el rugido de un Siná; pero de las nubes que se apiñaban en torno suyo surgía no el rayo que abrasa, sino la antorcha que ilumina.

El gesto, la actitud, la voz de aquel hombre era á veces la de un inspirado, á veces la de un poseído. Se hubiera dicho que en él habian encarnado su espíritu todos los profetas para inculcar á la humanidad un código tan grande como el Evangelio.

Yo le escuchaba con un recogimiento que tenia mucho de espanto. Me parecia que leia no para mí, sino para las generaciones que habian de sucederse, y aquel cuerpo débil y enfermizo se transfiguraba á mis ojos, tomaba gigantescas proporciones, y ese nimbo de luz impalpable que rodea al génio iluminaba su frente contraída.

Por fin el cuaderno se cerró. Las facciones del estraño lector perdieron su tension y sus ojos fueron anublándose poco á poco.

Yo, sin ser dueño de contener mi admiración, me acerqué á él, tomé con más respeto que amistad una de sus manos y murmuré:

—Déme V. ese cuaderno. En él está la confirmación de lo que antes me decía. Dentro de poco, el mundo se postrará á sus pies lleno de admiración y de asombro.

Una estridente carcajada fué la única contestación que recibí.

Después, ocultando el cuaderno como si temiera que hasta el contacto de mi mirada robara parte de los tesoros que contenía, gritó con un rugido semejante al de la pantera que defiende sus cachorros:

—¡Es mio, es mio!

Yo le miré con lástima. Mi compasión le calmó.

—¿Quiere V. dar á conocer mis versos? murmuró con su dulzura habitual. Pues bien, aun no es tiempo. Día llegará en que pueda V. cumplir su promesa.

Y poniéndose de pie, añadió con un acento que no dejaba lugar á réplica:

—Los dos tenemos necesidad de descansar.

Un momento después salía de aquella casa, poco mayor que las fosas del cementerio.

En el umbral se destacaba la figura del enterrador que iluminaba la tea resinosa con que me alumbraba. Su aspecto hacía comprender el apodo de loco con que sus vecinos le conocían.

#### IV.

Al día siguiente tuve necesidad de dejar el pueblo. Impresionado por mi singular encuentro, apenas había podido pegar los ojos en toda la noche. Cuando despuntó el alba corrí á la casa de mi extraño amigo, pero la casa estaba desierta.

Creí encontrarle primero en el cementerio, después en la iglesia, pero en todas partes la misma soledad. Llegué á creer que la simpática figura de aquel hombre, que aquel cuaderno de hojas amarillentas que tenía yo delante de los ojos como el adolescente la imagen de la mujer amada, eran no más que la creación de un sueño. Entonces me decidí á partir.

Yo, que sin pena había dejado tantos encantadores paisajes, tantos lugares risueños, sentía partirse el alma al dejar aquellas tierras áridas y siniestras.

De pronto, cuando en el mal cuartago que montaba, hube traspuesto uno de los recodos de la cañada, cuando, tal vez para siempre, iba á perder de vista aquel pueblo olvidado de todos, en una peña que se levantaba encima de mí, descubrí la figura de un hombre vestido de negro que agitaba entre sus manos un cuaderno, cuyas hojas amarillentas no tardé en reconocer... ¡Era él!

A pocos pasos, una caterva de chicuelos le señalaba con el dedo gritando: ¡El loco! ¡El loco!

El hombre me miró, clavó los ojos con indecible angustia en aquellas hojas de papel, y pareció murmurar:

—Me lo habeis prometido!

Yo le hice una señal afirmativa y seguí mi marcha.

Un momento después ya nada se veía. Sólo un eco lúgubre y siniestro zumbaba en mis oídos repitiendo sin cesar:

—¡El loco! ¡El loco!

#### V.

Lo menos habían pasado diez años, y como en el corazón humano duran tan poco hasta los sentimientos que tenemos por más indelebles, no extrañarán ustedes que yo ya no me acordara para nada del infeliz sacristán de Villasombria.

En Búrgos había ido á pasar un verano. Había hojeado ya una por una todas esas páginas de piedra con que la antigua corte de Castilla ha dejado escrita su

historia, y porque no me quedara nada por ver, fui una tarde á visitar el hospital provincial dirigido á aquella sazón por un antiguo condiscípulo mio.

Ya habíamos recorrido con la mayor escrupulosidad todas las dependencias, é iba á dar por terminada mi visita, cuando el celoso director se volvió á mí y me dijo:

—Me olvidaba enseñarte la sala de dementes. Hoy no tengo más que un pensionista, mañana ya ni aun ese habrá, pero si quieres puedes ver el departamento.

Y diciendo esto abrió la puerta de una habitación en que se veían hasta media docena de camas, de las cuales cinco estaban vacías.

El desdichado que agonizaba en la sexta era un antiguo conocido. En sus facciones demacradas y marcadas ya por el sello de la muerte, no tardé en reconocer al sacristán de Villasombria.

Al ruido que produjeron nuestros pasos enderezó penosamente la cabeza y un suspiro de satisfacción se escapó de su débil pecho.

—Sabía que no podía V. faltar, murmuró y le esperaba con entera confianza.

Yo no supe qué contestar. Estreché su mano entre las mias y mis ojos vertieron una lágrima... Tal vez de arrepentimiento por haber olvidado al que sin duda alguna no había dejado de pensar en mí.

Nuestra entrevista fué breve. No ignoraba que le faltaban muy pocas horas para morir y esperaba á la muerte como á una antigua amiga.

Al separarnos sacó un objeto de debajo de la almohada y recatándose de la vista de todos me enseñó el manuscrito. Yo me iba á avalanzar á él, pero volviéndole á esconder precipitadamente murmuró:

—No. Aun no es tiempo. Mañana, cuando yo haya espirado, ese cuaderno será de V.

—Y yo le juro que cumpliré la promesa de dar á conocer su nombre, contesté con solemnidad.

La misma extraña carcajada que me contestó en el cementerio de Villasombria salió entonces de su pecho.

Después una postración que se apoderó de él me obligó á dejarle.

Cuando á la mañana siguiente volví á visitarle, sólo había ya un cadáver en el lecho de la sala de dementes.

Sus manos crispadas estrechaban el manuscrito. Sus facciones, sin haber perdido nada de su habitual serenidad, parecían contraídas por la carcajada con que me había despedido la tarde anterior.

Tengo el remordimiento de no haber cerrado siquiera sus ojos. La impaciencia me devoraba y arranqué aquellas hojas amarillentas de entre las manos del cadáver.

Cuando cruzaba la calle, no parecía sino que la locura de aquel hombre se me había comunicado. Si los vecinos de Villasombria me hubieran visto, de seguro hubieran gritado, como en otro tiempo le gritaban á él «¡al loco! ¡al loco!»

Al llegar á mi casa recorrí una por una todas las hojas del cuaderno. Ni una letra había en ellas. Todas estaban en blanco.

Indudablemente el poeta cuyo nombre debía haber sido pasmo de los siglos no sabía escribir.

.....  
Un epílogo.

¿Era efectivamente un loco el Sacristán de Villasombria? Jamás me he contestado satisfactoriamente á esta pregunta. Lo único que puedo decir es que desde el desenlace de aquella extraña aventura, siempre que encuentro en mi camino un loco, me digo: «Tal vez es un génio que carece de medios de expresión.»

## SITIOS DE GERONA. (1)

Tendiendo una mirada sobre el cuadro glorioso de la guerra de la Independencia, que con tanto teson supieron sostener nuestros abuelos, vemos alzarse una ciudad cuya altivez iguala á Sagunto y á Numancia; cuyas proezas forman uno de los episodios más portentosos de nuestra historia; cuyos hijos son dignos todos de eterno recuerdo por sus hazañas.

Esta ciudad es la inmortal Gerona, la digna émula de la siempre heroica Zaragoza.

## PRIMER SITIO.

Corrian los años 1808, cuando el falaz extranjero tenia bajo su dominio varias plazas de la Península y procuraba apoderarse de las que aún se oponian á su paso.

De este número era la capital del Ampurdan, la impertérrita Gerona, á cuyos muros se acercó el francés el 20 de Junio, precedido del estruendo de cien victorias.

Apréstanse los gerundenses para la defensa, al ver que el audaz enemigo se posesiona de la aldea de Palauscostosa; no obstante de tener por toda guarnicion sólo 300 hombres del regimiento Ultonia y algunos artilleros.

El general Duhesne ordena por la tarde del propio dia el primer ataque contra la puerta del Carmen y el baluarte de Capuchinos; mas la entereza de los nuestros, con burlar sus intentos, no hace otra cosa que picarle en la honra, exasperarle y embriagarle para nuevos combates.

Llega la noche, y confiados los enemigos en la oscuridad, osan acercarse al muro: todas las maniobras se hacen en un silencio tal, que ni los ciudadanos ni los mismos centinelas se aperciben del peligro. Dios que vela por la justicia de los pueblos, despierta á los dormidos, y con la rapidez de la electricidad vuelan todos y cada uno al punto que en las murallas y parapetos tenian designado.

Trábase una lucha desesperada. El estruendo del combate ahoga los lamentos de los heridos, el estampido del cañon parece llamar el estermínio, la venganza y todos los horrores de la guerra. La campana que no cesa de tañer, habla al corazón de los ciudadanos y los convierte en leones.

Ya se pelea sin tregua: aquí cae un bravo sobre las armas de sus hermanos, allí rueda una pareja estrellándose contra el foso, más allá revienta una granada derribando á un grupo de valientes, á esta parte queda otro grupo envuelto por los escombros. Mas ni unos ni otros ceden, no se dan instante de reposo; la sangre del que muere enardece la del que pelea, todo peligro se desprecia y todo obstáculo se salva ante la imágen de la patria, que se vislumbra al resplandor de los fogonazos.

Por fin la metralla del san Narciso barre estas columnas, hace en aquellas claros irreparables, y

luego empieza el desórden, siguiendo al desórden el espanto y al espanto la fuga. La imaginacion no es bastante viva para figurarse el cuadro de desolacion y de muerte que ofrecian la ciudad y el campo á la primera luz del dia siguiente. Montañas de cadáveres, miembros humanos, y de caballos, armas, arneses, cureñas y demás trofeos de Marte, destrozados y en confusion, alumbró aquel sol con sus primeros rayos. Esto no obstante, como aun queda sangre que verter, renuévase el ataque; pero, vencidos una vez más y arrollados los extranjeros, vuelven la espalda. Aquel mismo dia levantan el sitio, tomando luego el camino de Barcelona.

Gloria á los gerundenses, que así cubrieron de vergüenza al aguerrido ejército del capitan del siglo; gloria al ilustre gobernador interino, D. Julian Bolivar, que tan eficazmente secundó los esfuerzos de aquellos valientes defensores de la independencia española.

## SEGUNDO SITIO.

Duhesne, al llegar á Barcelona, no se dió un momento de reposo; el agravio recibido se le aparecia cual fantasma sangriento y ardia en deseos de vengarlo.

El 10 de Julio aprestó una division de 6,000 hombres, con artillería de grueso calibre y demás pertrechos para un sitio en debida regla.

Tan seguro estaba de la victoria que públicamente decia: «El 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso.» En teoria supo imitar á César, mas no así en la práctica; pues no pudo escribir á su emperador el celebrado: *veni, vidi, vici*.

Aunque el 24 se le junta el general Reille con 2,000 hombres, y reunidas las fuerzas se dirigen contra la ciudad el mismo dia, sin emargo no resuelven el ataque hasta los primeros de Agosto.

Habia en la plaza unos dos mil veteranos, número por cierto inferior al de los franceses, que pasaban de 8.000.

Las noticias que de todas las provincias se reciben, tienen en desconcierto al mariscal Duhesne y la indecision se apodera del campo francés; mas vencidos esos temores, se intima la rendicion á la plaza. La negativa consiguiente hace que en la noche del 13 la artillería enemiga empiece sus disparos dirigiendo sus fuegos á las fortificaciones de Monjuich. Siguen estos, cada vez más vivos, hasta el 16, en cuya mañana, haciendo una intrépida salida los sitiados, se apoderan de las baterías enemigas, manifestando con esto al francés que, si habian perdido mucha sangre generosa, aun les quedaba bravura á los defensores de España. No tarda en trabarse una lucha general. Los españoles, inferiores en número y disciplina, necesitan de todo su valor para contener los redoblados ataques del poderoso enemigo, cuyos esfuerzos se estrellan en la indomable valentía de los nuestros, que por fin se hacen dueños del campo, derrotando por completo á las veteranas huestes de Napoleon.

Dehusne emprende de nuevo la retirada, avergonzado de su derrota, y despedido, confiesa su impotencia ante aquel puñado de defensores de la inmortal Gerona.

(1) Con motivo de las recientes fiestas cívicas que se han celebrado en Gerona al inaugurarse un magnífico monumento dedicado al heroico Alvarez de Castro, juzgamos oportuna la publicacion de este trabajo.

## TERCER SITIO.

Los dos sitios anteriores no fueron más que un anuncio, así del vigor del ataque como de la tenaz resistencia, del tercero, que me propongo describir.

Hallábase Gerona al comenzar este asedio, tan débil y desmantelada, que fué considerada como plaza imperfecta y de fácil acceso por los generales y estratégicos que reconocieron sus obras de defensa. 3.600 soldados de todas armas cansados, estropeados y escasamente vestidos y alimentados, no eran suficiente número para acudir á todos los promontorios fortificados y al recinto de la plaza: era preciso que un poder sobrehumano los animara para decidirse á hacer frente á la numerosa artillería de gran calibre, á los 15.000 soldados que los cercaban y á tantos y tan aguerridos mariscales.

La presencia de las tropas francesas recuerda á los gerundenses sus recientes glorias, y cual si hubiese estallado una bomba enemiga en medio de la ciudad, todos, sin distincion de clases ni de sexos, quieren secundar los esfuerzos de la guarnicion: créanse siete compañías de ciudadanos decididos, créase la compañía de santa Bárbara con objeto de llevar municiones á los combatientes y prodigar los necesarios cuidados á los heridos. D. Mariano Alvarez de Castro, digno gobernador y alabanza de nuestra España, echa la siguiente proclama: «Será pasado por las armas todo el que profiera la voz de capitular ó de rendirse.» Acójese por aquellos valientes con los trasportes del más febril entusiasmo.

¡Sublime ejemplo de lealtad y patriotismo!

Llega el 1.º de Junio la division Moria y cierra la margen izquierda del Ter, la brigada Juvhan cubre la parte de Pont-Mayor, los regimientos de Berg y Vurszemburgo fijan sus reales en las dominantes alturas de san Miguel y Villarroja y algunas tropas mandadas desde Vich por el general Saint-Cyr se posesionan del terreno del Oña y del llano de Salt: en fin, quedamos cerrados por todas partes como por una muralla de hierro.

Así las cosas, se intima el 12 la rendicion de la ciudad; mas nuestro Alvarez contesta: «No quiero entablar trato alguno con los enemigos de mi patria y en adelante sus emisarios serán recibidos á metrallazos».

Ordénase el bombardeo la noche del 14, y al primer cañonazo soldados y paisanos, todos á una y á porfia, corren á sus puestos de antemano señalados, para verter allí su sangre generosa en defensa de la madre patria.

Los dias 14, 19 y 21 fueron nefastos para los nuestros; pues, á más del incendio del Hospital, cayeron, pero inundadas de sangre francesa, las torres de San Luis, San Narciso y San Daniel.

En esta situacion llega el mariscal Saint-Cyr, con cuyo refuerzo asciende el ejército enemigo á 50.000 hombres.

Empréndese acto continuo el ataque del castillo de Monjuich, defendido por 900 hombres decididos á las órdenes del esforzado Guillermo Nasch. El 3 de Julio abre brecha el choque de las balas; no importa: es prontamente obstruida por los sitiados. Otra bala arroja al foso la bandera; no importa: la

bravura del teniente Montero, á despecho de los fuegos enemigos, vuelve á alzarla y de nuevo ondea orgullosa y altiva en el baluarte. Por la noche el coronel Muff repite tres veces el asalto; no importa: tres veces es vencido y arrollado por el esfuerzo de los nuestros.

Un casco de bomba se le lleva ambas piernas al jóven Luciano Ancio, que sirve de atalaya, y no consiente en ser conducido al hospital; que aun le quedan brazos para avisar de los tiros y maniobras del invasor.

Sin embargo, á pesar de tantos esfuerzos, de tanta bravura y de la resistencia más obstinada, tiene por fin que evacuarse el Monjuich: pues á cada hora se vé la guarnicion más reducida y estenuada, y más creciente la fuerza contraria.

Dueño el francés del castillo, dirige sus columnas al recinto de la ciudad, que no sólo las rechaza dedonadamente, sino que tambien les contesta con una intrépida salida acaudillada por el valiente Fournas. Dura es la refriega: ni unos ni otros cuentan los que sucumben: ábrense paso los nuestros al arma blanca; pero acosados luego por una fuerza superior, entran de nuevo en la plaza.

Pide el francés la rendicion; y ametrallados sus emisarios, la cólera reemplaza al valor y se dá la orden del asalto. El ataque se hace general y general se hace tambien la defensa. Los momentos son decisivos: al lúgubre y monótono son de las campanas, soldados, paisanos, y hasta niños, corren, vuelan á los parapetos: todos son soldados de la patria. Las mujeres reparten municiones, aprestan camas para los heridos y algunas se colocan al lado de sus esposos para vencer ó morir juntos. Es un aspecto imponente el que presenta la ciudad: el entusiasmo de los gerundenses raya en delirio; todos quieren pelear y morir por España.

Alvarez acude á todas partes, exhorta al combate, manda levantar baterías, anima á sus valientes catalanes. Las murallas son abiertas, las brechas son atacadas y en una de éstas cae mortalmente herido el irlandés Marsall, quien pereciendo á los pocos instantes, exclama que bien se puede morir en defensa de nacion tan brava.

Sigue el estruendo, y las ruinas y la muerte: parece aquello una lucha de Titanes: de los muebles, de los hierros, de las piedras, de todo echan mano los sitiados para arrojar al enemigo que ha penetrado en una brecha, quedando por los de Borbon la gloria de lanzarlo fuera.

Vuelven una y cien veces á la carga: renuévanse los asaltos, y con éstos, los estragos; y ciegos todos de cólera, se precipitan á donde están los peligros, á donde se halla la muerte.

Retíranse al cabo los franceses dejando 2.000 hombres en el campo; con cuyas pérdidas aleccionados, convierten el sitio en bloqueo.

La escasez va subiendo de punto en la ciudad: cae desfallecida por las calles multitud de personas, haciendo el hambre sentir todos sus horrores. La racion del soldado es un puñado de trigo machacado entre dos piedras, y todo se sufre con paciencia inaudita. En vano algunos vecinos audaces introducen algun comestible en la plaza; los precios son fabulosos y hasta llega á ser inútil el dinero. No hay ya en la ciudad un pedazo de pan,



y agotada la carne de mulo y de caballo, échase mano de los animales inmundos. La naturaleza parece de hierro; las madres sienten morir en sus entrañas al fruto de su amor.

¿Y de dónde el auxilio para esa pobre ciudad?

¡Ah! Para colmo de desdichas, las calenturas, la peste y el hambre se ceban juntas en los infelices habitantes. En sólo el mes de Octubre perecen víctimas del contagio 800 soldados; todas las fuentes de salud están cerradas, hasta los medicamentos se han agotado.

¿Qué hacer? En este apuro renueva el francés briosamente los ataques; y merced á la estenuación de los defensores, cae el arrabal del Cármen, caen los reductos, quedando aislada la plaza.

Los socorros no vienen ni del cielo ni de la tierra, y el enemigo ofrece una paz, que se acepta, mediante condiciones honrosísimas.

Entran los franceses el día siguiente, admirando aquel monton de ruinas que habia sido su espanto durante ocho meses.

Con efecto: Gerona, más bien que una ciudad, parece un vasto cementerio; las calles están desempedradas, las casas derruidas, véanse tendidos los cadáveres por doquier, y ¡con todo ha sostenido tan largo sitio sin recursos de ningun género! Tan sólo el hambre ha podido vencer la obstinada bravura de sus hijos.

Honor á esos fuertes campeones, que dieron á España tantos días de gloria, á Cataluña una ciudad heroica y un ejemplo del más decidido patriotismo al mundo entero.

V. M. y C.

## DE VERANO.

### HISTORIA DE UNOS AMORES.

#### I.

##### POR EL INTERIOR.

Invitado por nuestro comun amigo, D. Juan Estevez, he decidido acompañarle á la deliciosa quinta que, á las márgenes del Jalon, ha hecho construir con el objeto de pasar en ella la luna de miel junto á su bellísima Cecilia. Te extrañará que me resuelva á dejar huérfana de mi presencia á la capital de la monarquía, pero ignoras de seguro las grandes causas que para ello militan. No es ciertamente que apetezca la monótona compañía del opulento y obeso don Juan, ni que quiera hacer estudios filosóficos sobre el afecto que pueda establecerse entre un millonario sesenton y una niña bellísima, ni que, en mengua de la moral, intente conturbar la paz conyugal de los recién casados... el solo motivo que me decide á emigrar es que la señora de mis pensamientos, la hermosa Cármen, hermana de Cecilia, ha de embellecer con su presencia aquellas soledades... La naturaleza vá á ser templo de nuestro amor, y luego, la idea de vivir lejos de mis acreedores me electriza y me rejuvenece... En mis posteriores te pondré al corriente de los grandes sucesos que en esta famosa quinta han de tener lugar si no mienten mis presentimientos.

Entretanto, se despide de tí y queda tuyo tu amigo

Luciano.

#### II.

##### DESDE LA QUINTA.

25 de Abril 187...

Realizamos nuestro viaje con toda felicidad y sin que ocurriera ninguno de esos pintorescos accidentes, por ejemplo, un descarrilamiento, que son infalibles cuando uno se aventura á viajar por nuestra amada patria. Esta impunidad me pareció de buen augurio desde el principio... Y en efecto, mi vida actual es la exacta paráfrasis de una égloga clásica... ¡Si vieras cuán amable se muestra mi idolatrada Cármen!... En estas deliciosas mañanas primaverales pasea el jardín de la quinta en un *deshavillé* que aumenta sus encantos, riega los aciratos de flores y forma ramos para dármeles en cambio de los que yo le he dado el día anterior... sólo nos falta llamarnos Galatea y Nemoroso para reproducir las inocentes escenas que debieron tener lugar en la primitiva edad de oro.

Mientras D. Juan Estevez pasa la luna de miel con la bellísima Cecilia, yo que, como sabes, deliro por los tranquilos goces de la familia y por los atractivos de una vida campestre, me hallo en mi centro. Aquí, cerca de mi amada, lejos del mundo, de sus vanidades y de sus acreedores, se recobran perdidas ilusiones, se miran en lontananza cuadros de felicidad luminosos y risueños como un país de abanico, se comprenden los poetas y no se conciben los periodistas.

¿Y la morada en que residimos? Su situación la hace parecer el oculto asilo de la dicha: á la vez el *confort* que en ella reina la asemeja á la mansion de un positivo *gentleman* inglés. Desde sus balcones se descubre un magnífico paisaje, y al mediodía hay un jardín artísticamente engalanado con tres kioscos ó cenadores: corona la quinta una azotea con balaustrada de mármol, y en las habitaciones interiores se despliega una asombrosa magnificencia. D. Juan es hombre que lo entiende y que inspira tanto afecto y reconocimiento como miedo y prevención su esposa Cecilia, á pesar de sus dulcísimos ojos azules y de su angelical continente.

Para que no supongas que juzgo de ligero á la esposa de mi amigo te diré en qué me fundo. El mismo día que llegué vino á visitar á D. Juan y á ofrecerle sus servicios un tal D. Timoteo, propietario de otra quinta inmediata, y antiguo conocido mio (como que le debo 4.000 reales), y observé que cifró todo su empeño en captarse el aprecio de D. Juan (táctica sospechosa) sin cuidarse para nada de la presencia de Cecilia.

Otro dato. El vecino es jóven y de gallarda figura.

Otro. Viste con una elegancia impropia de la soledad en que nos hallamos.

Por todas estas razones le creo animado de intenciones siniestras, como dicen los novelistas. Sea de ello lo que quiera, D. Juan que sólo desea lo que su esposa le hace apetecer, pone en las nubes al servicial vecino y ha decidido convidarle á comer el próximo domingo. Preveo grandes acontecimientos y te los referiré en mi primera.

Para verdades, el tiempo,  
Y para justicias, Dios.

Tuyo siempre,

Luciano.

#### III.

8 de Mayo.

Las sospechas que yo habia concebido eran demasiado ciertas. Mas ántes de referir cómo he logrado saber esto, quiero anunciarte la llegada de D. Próspero, amigo íntimo de D. Juan, personaje de edad proveya y entregado por completo al estudio de la lengua de Ciceron y otros excesos. Fué, como yo, in-

vitado á pasar unos días en la quinta y aceptó, por nuestra desgracia. Imagínate en él á un hombre que no sabe decir cuatro palabras sin intercalar en ellas media docena de versos latinos, cuando no son griegos. De alguno á él parecido debió tomar Moratin la idea de su D. Hermógenes. En cuanto á nosotros le tememos más que al cólera morbo. Cármen y Cecilia, en especial, protestan á cada minuto que tan estrambótico pedante es incompatible con sus nervios. Don Próspero, por su parte, tampoco es feliz. Ha llegado á comprender nuestra profanidad y se aburre. Con el fin egoísta y á la vez filantrópico de librarnos de él y de que no se le haga el tiempo tan largo, le he dicho que en un pueblecillo próximo hay un dómine de la raza de Nebrijas: su reconocimiento al saber tal noticia ha estado á punto de costarme caro: intentaba dedicarme nada ménos que un himno eucarístico en exámetros!...

Después de esta que podré llamar digresión, debo ponerte al corriente de los acontecimientos á que en mi anterior hacía referencia. No habrás olvidado que D. Juan convidó á comer (instigado tal vez por su adorada Cecilia) al elegante vecino que Dios ó el diablo le deparara. Pues bien; en el trascurso de la comida observé, ó creí observar, ciertas muestras de inteligencia, que me parecieron muy equívocas, entre la esposa del anfitrión y aquel agreste Tenorio.

Y, á todo esto, D. Juan, impertérrito y sin comprender nada....

Mis observaciones, sin embargo, no pasaron desapercibidas para Cecilia, que en mi presencia se muestra turbada y confusa... ¡Es natural!... ¡Debo ser para ella la encarnación del remordimiento!...

Aquí doy fin á mi carta. Son las nueve de la noche, hora en que bajo al jardín á esperar á Cármen... En la deleitosa calma de tan espléndido vergel, solos con nuestra inocencia y nuestra dicha, nos entretenemos en formar magníficos castillos en el aire, cuyo único y predilecto tema es el amor. Pero se hace tarde.

Tuyo, Luciano.

Los extraños acontecimientos de que esta quinta ha sido teatro me hacen adoptar el tono novelesco. Además, el estilo epistolar me fatiga. Por lo tanto, figúrate que lo escrito hasta aquí forma el argumento de una novela de que ahora te remito el

## CAPÍTULO XXXVII.

### I.

Las cinco de la tarde habían dado ya en la quinta de que hemos hablado.

Hallábanse en un balcon de la misma todos los personajes que el lector conoce.

Desde allí medio oculta por gigantescos álamos, se divisaba una plazoleta en la que las mozas y mozos del pueblo inmediato bailaban la pintoresca jota del país al son de tres guitarras, una bandurria, dos trombones, un clarinete y dos cornetines.

Chocóle á Luciano (1) lo numeroso de la orquesta en un pueblo tan de mala muerte y entonces el vecino Don Timoteo, le contestó afablemente:

—Es que hoy se celebra la fiesta en honor del santo Patrono y han concurrido todos los músicos de cinco leguas á la redonda.

Luciano extrañó tanta amabilidad en un hombre á quien debía 4.000 rs., pero pronto cesó su asombro recordando que con sólo revelar los incidentes que el día anterior observara durante la comida, era árbitro

(1) Creo una inconveniencia el que uno de los principales héroes de esta verídica historia abuse del desagradable monosílabo yo. Por esto decido presentarme en ella hablando y obrando como si fuese otro el autor.—(Nota de Luciano.)

de que D. Juan, tibio partidario del duelo, hiciese dar una paliza, por medio de sus criados, al que tan indignamente abusara de su confianza.

### II.

Mientras tanto, un hábil observador hubiera comprendido notables cambios en la fisonomía de los circunstantes.

El rostro de D. Juan estaba velado por una cándida expresión de misterio y á veces murmuraba un «Magnífico! Soberbia idea!»

En los labios de Cecilia vagaba una fina sonrisa cuando fijaba sus ojos en el vecino D. Timoteo. En el semblante de éste se reflejaba cierta risueña impaciencia mezclada de temor.

El mismo D. Próspero parecía haber olvidado su latin para entregarse á alguna idea ansiosamente acariciada. Después de un rato de lucha interior, se le vió bajar y dirigirse al mozo que servía de portero en la quinta. Allí argumentó calorosamente con él y deshizo todas sus objeciones por medio de una triunfante moneda de plata. Hecho esto, una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro apoplético, y subió la ancha escalera murmurando:

«Vellem in amicitia.., sic erraremus.»

### III.

¿Y Cármen y Luciano? ¿Y nuestros dos cándidos amantes? Sólo los gratos delirios de una pasión inocente, pero vigorosa, ocupaban su espíritu....

Mas no.... Luciano era presa de las ideas más contradictorias y de un cúmulo de dudas... ¿Revelaría á D. Juan las sospechas que abrigaba? Esto sería muy poco digno!... ¿Amenazaría al audaz jóven? En este caso D. Timoteo, que, como hemos dicho, era su acreedor, le exigiría los 4.000 reales que hasta entonces había tenido la delicadeza de no mencionar. Abandonaría la quinta para no asistir á sucesos desagradables que no podía evitar? Este era quizá el mejor medio, pero los hermosos ojos de Cármen protestaban tan elocuentemente contra tal decisión, que Luciano no se encontraba con fuerzas para adoptarla.

### IV.

Llegó por fin la noche. Nuestro enamorado oyó en el corredor pasos tan suaves y ligeros como los de una sílfide. Era Cármen que creyendo hallarle en el jardín, bajaba en su busca. Luciano salió de su cuarto y empezó á bajar la escalera, cuando al final de ella apercibió á D. Próspero, que gesticulaba misteriosamente con el portero. Entonces se detuvo. Luego oyó abrir la puerta y vió entrar una figura seca, escuálida y piramidal á quien cojió de la mano el entusiasta latino y la condujo hasta perderse los dos en aquel caos de tinieblas.

—¿Qué misterio será éste? se preguntaba Luciano; mas al acordarse de su amada olvidó á D. Próspero y á la figura alta y seca, y se dirigió al jardín.

No vió en él á Cármen, y tampoco hubiera podido verla, porque densos nubarrones ocultaban la luna, é imaginó que estaría esperándole (no la luna, sino Cármen) en el kiosco del centro, que era su predilecto. Allí la encontró, y cuando iba á describirle su amor, por centésima vez, con elocuentes rasgos, cojióle Cármen de la mano y con voz ténue y temblorosa le dijo:

—Calla!... He visto entrar gente en el cenador de la izquierda!...

Quedó Luciano estático ante revelación de tal magnitud, mientras su amada se apoyaba en su brazo dominada por el más profundo terror.

## V.

—¿Por qué no aprovechar estas tranquilas horas de noche para entregarnos á nuestros sublimes estudios? Uno de aquellos astros de quien somos *imitatorum pectus*, lo ha dicho

Nocturna versate manu, versate diurna.

—Sr. D. Próspero, tiene V. razon.

Odi profanus vulgus et arceo:

tan sólo me hallo en mi centro cuando disfruto de la compañía de un sabio tan ilustre como V.

—Amado dómine y compañero, me favorece usted mucho,

Ego me non tam astutum neque ita perspicacem esse, id scio.

—Solo es lo cierto. El estar á su lado,

Non est mi malé, sed bené ac beaté

Quod non dispereunt tui labores.

—Poco á poco, Sr. Dómine, el gran Cátulo de quien Marcial decia con notable exactitud

Verona docti syllabas amat vatis,

el gran Cátulo, pues, no emplea esos dos versos mas que en sentido irónico.

—Ojalá yo ántes de hacer lo propio

...per urbes erret ignotas, egens

exul, pavens, invisus, incerti laris,

segun la epifonema del malogrado Anneo Seneca.

—Entremos, pues, en materia... incidamus in viam...

Y luego no se oyó más que un murmullo sordo.

## VI.

—Maldito latino, exclamó Luciano apénas repuesto del susto; ahora comprendo por qué hablaba tan misteriosamente con el portero: queria que dejara pasar á ese otro ente para malgastar el tiempo en sus condenadas citas y estudios greco-latinos.

Cármén tambien habia recobrado su serenidad... Muy pronto, olvidados nuestros amantes de los molestos vecinos que en el cenador próximo tenian, comenzaron una de esas confidencias que tanto encanto atesoran para las almas jóvenes y entusiastas.

Mas otro incidente les interrumpió de nuevo. Vieron destacarse en la negra penumbra del jardin una forma blanca, aérea, esbelta.... Creeríasele una imagen de la desventurada Ofelia.... Los dos amantes la siguieron con la vista á un sitio donde las tápias del jardin eran bastante bajas y allí la oyeron dar una palmada.

Como si solo oirla esperara, otra sombra, vestida de negro, en contraposición de la primera, cabalgó en la tápia y se puso de un salto en el jardin.

Ya en él, se dirigió á la sombra blanca, y cogiéndola una mano, aplicó en ella tres besos, que despertaron á los ecos de la enramada, con su dulcísimo estallido.

—¡Aprieta! dijo Luciano para sí. (Habia reconocido en la sombra blanca á Cecilia y en la negra al vecino D. Timoteo.)

## VII.

Aquella pareja se dirigió á su vez al kiosko de la derecha, que era el único que no estaba ocupado, y se internaron en él....

Mas los incidentes de aquella famosa noche no habian terminado aún....

Habian pasado cinco minutos escasos, cuando apareció un hombre envuelto en una inconmensurable bata que lucía enormes ramos, cubierta la cabeza con un gorro turco, arrastrando unas zapatillas morunas, y que provisto de una linterna sorda se dirigió á la puerta del jardin....

Lleno de terror, Luciano reconoció en él á don Juan, al marido.... ¿Qué iba á pasar en aquel jardin?... ¿Se reproduciria alguna escena del Oteló?...

Nuestro hombre, andando quedo, tan quedito como un traidor de melodrama que se dispone á hacer una barbaridad, llegó á la puerta, la abrió sigilosamente, y Luciano y Cármén vieron entrar por ella, uno despues de otro, ocho embozados que se colocaron en fila debajo de los balcones de la quinta que daban al jardin. Luego echaron abajo los embozos de sus capas y sacaron al aire unos objetos imposibles de definir, por la oscuridad.

## VIII.

Aquello era fúnebre, lúgubre, tétrico y fatídico. Nunca los sarcásticos y espasmódicos románticos imaginaron espectáculo más estrambótico. (Y vaya una cláusula de esdrújulos.)

D. Juan paseaba el jardin con evidentes muestras de satisfaccion, murmurando á media voz:

—¡Magnífica sorpresa! ¡Ocultémonos para dar la señal!

Inmediatamente se dirigió, por su desgracia, al kiosko donde se hallaba su esposa y su fatal vecino. Al llegar á su dintel dió un silbido, y apénas dado, tropezó... ¿con quién habia de tropezar? con D. Timoteo, que estaba arrodillado ante Cecilia....

## IX.

En esto, acompañando con sus armonías la desesperacion del infortunado marido, resonó en el jardin una magnífica orquesta (puesto que D. Juan habia intentado dar una serenata y los ocho embozados eran los músicos de la tarde anterior), á la vez que dos criados, apostados por el mismo, encendieron dos luces de Bengala, que convirtieron las tinieblas del jardin en el esplendente brillo de un dia de primavera.

Vióse salir del kiosko de la izquierda al rotundo don Próspero y al altísimo y seco dómine, asustados con el repentino son de los clarines; del de la derecha, á Cecilia toda trémula y á D. Timoteo huyendo del colérico esposo, que le iba á los alcances; y finalmente, se vió tambien á Luciano y Cármén abandonar su nido, para buscar un refugio contra tan horrible confusion.

Los músicos, sobrecogidos de un terrible pánico al ver poblarse aquellos desiertos lugares y al ver lucir de improviso las luces de Bengala, creyeron que se habia declarado un incendio y apelaron á la fuga, que en estos casos es la *última ratio* de los tímidos... los criados, supersticiosos como campesinos, tomaron tambien las de Villadiego, y el desbordamiento creció en el poco ántes silencioso jardin.

## X.

Aquel sublime momento fué la realizacion de uno de los fantásticos sueños de Hoffman. Nadie se entendia, ni se oia, ni aun sospechaba lo que podia haber sucedido... Aquello era un *pandemonium*, una noche de *sabbat* trasladada al tranquilo recinto de aquella quinta, una funcion diabólica indescriptible, una segunda edicion del campo de Agramante, una bacanal, un torbellino, y una informe mezcla

de gritos y de aullidos

de imprecaciones, quejas y alaridos.

Las luces se extinguieron y el desórden rayó en los últimos límites.

Corrian todos desatentados; chocaban unos con otros, y caian: nuevos fugitivos tropezaban con los caidos, y á su vez median el suelo.

## XI.

—¡Venganza!—exclamaba una voz estentórea (la de D. Juan).  
 —¡Socorro!...  
 —¡Fuego!...  
 —¡Mi edicion elzeviriana de Virgilio!...  
 —¡Vade retro, Satanás!...  
 —¡Que me ahogan!...  
 —¡Ay!...  
 —¡Uf!...  
 —¡Luces!...  
 —¡Mi cornetin!...  
 —¡Jesús, María y José!...  
 Acudieron criados, se encendieron luces, el alboroto cesó paulatinamente, y cada mochuelo se marchó á su olivo.

## XII.

—At tuba terribilem sonitu procul ære canoro  
 Increpuit; sequitur clamor, cælumque remugit,  
 exclamó D. Próspero á quien la anterior escena no habia quitado su furor de latinizar.  
 —*Post nubila Fœbus!*... respondió el dómine exhaliando un suspiro de satisfaccion.

## XIII.

Media hora despues, D. Juan habia establecido en su habitacion un tribunal de que él era el único juez.  
 Con el rostro descompuesto por la ira, apostrofaba á su esposa y al vecino D. Timoteo, que se hallaban en su presencia.

—¿Me explicará V. su conducta, caballero? ¿Y usted, señora, me dará cuenta de mi honor ofendido?

—¡Yo!... balbuceaba D. Timoteo.

—Ni este caballero tiene que explicarte su conducta ni yo darte cuenta de tu honor!—exclamó por último Cecilia.

—¿Cómo?—preguntó D. Juan, admirado y acariciando una débil pero lisonjera esperanza.

—Es muy sencillo. D. Timoteo me ha citado al jardin y allí me ha pedido con las mayores instancias....

—¿Qué?... preguntó sobresaltado.

—Que interponga mi influencia con mi hermana y contigo, para que ésta le conceda su mano y tú el consentimiento para casarse con ella, como tutor suyo.

—¡Será cierto!.. Pero... y de rodillas?...

—Para darme las gracias porque accedia. Eso prueba el amor que á Carmen profesa.

—¡Ah!...

—¿Estás convencido de lo injusto de tus sospechas?

—¡D. Juan respiró como si le hubieren quitado de encima un enorme peso y dijo á D. Timoteo.—Concedo á V. la mano de mi pupila y hermana política, previo su consentimiento!

*Tableau.* Luciano se queda como quien vé visiones.

## EPÍLOGO.

Pasaron quince dias y no recibí más cartas ni supe nada de mi amigo Luciano hasta que al décimosexto le ví entrar en mi habitacion con la gravedad y *nonchalance* que le son características.

—Y tus amores? le presunté.

—Nécio de aquel que en las mujeres fia!, ó lo que es lo mismo:

Varium et mutabile semper fœmina!...

como el maldecido D. Próspero me decia, á guisa de consuelo,—respondió melancólicamente.

—Luego, tu amada....

—Me propuso este dilema: «ó dentro de un mes te casas conmigo ó acepto la propuesta que me ha hecho D. Timoteo y me case con él.»

Esto, por supuesto, me lo dijo con el tacto y delicadeza que son peculiares al bello sexo: mas para tu buena inteligencia le he traducido en términos claros y explicitos.

—Y tú?

—Yo, que medito eso de tomar estado y que, además, me he hecho muy prudente con las aventuras de mi amigo D. Juan, respondí heróicamente: —«Eres muy dueña de hacer lo que te parezca.» Y desde entónces el lugar de su corazon en que yo reinaba, pasó al dominio de D. Timoteo, del audaz vecino, del hombre á quien yo debia algunos reales....

—Te ruego que abrévies, porque me aburres con tus ampliificaciones.

—Pues concluiré diciéndote que á las dos horas, y sin despedirme de nadie, abandoné la quinta. He perdido el cariño de una hermosa; pero, en mi precipitacion, he olvidado satisfacer una deuda de 4 000 reales. Con ellos iré á veranear á San Sebastian. Problema. ¿Salgo ganando ó perdiendo? Conteste el que sepa.

VALERIO.

## INUNDACIONES DE ARAGON.

Con motivo de las que últimamente han asolado algunas de nuestras más ricas comarcas, la Exce-lentísima Diputacion de esta provincia, demostrando un celo que en alto grado la enaltece, ha constituido una Comision encargada de gestionar cuanto al remedio de tan grandes infortunios sea conducente; la misma ha emprendido sus meritorias tareas dirigiendo á todos los pueblos de la provincia la siguiente *Circular*, que va firmada por los Sres. Seron, Marquina, Zabalo, Valero, Castillon y Peirona, y que copiamos íntegra por la importancia que entraña para los más vitales intereses de nuestro país:

«Cuando el peso de un infortunio, tanto mayor cuanto más inesperado, pone á prueba la resignacion de una extensa comarca, son deberes ineludibles de las Corporaciones y Autoridades que la representan y á quienes compete el honroso cargo de velar por sus intereses, el procurar un lenitivo á tantas desgracias por los medios que estén al alcance de sus facultades y atribuciones, y dar cuenta detallada de las gestiones que para conseguirlo se hayan puesto en práctica.

A este tristísimo deber se propone dar cumplimiento la Diputacion, profundamente afectada por los daños que tres recientes y consecutivas avenidas, y violentas tempestades y pedriscos han causado en la extensa y fértil zona que riegan el Jalon y sus afluentes, y que hoy ofrece un espectáculo desconsolador, privada de tierra laborable sustituida por grandes capas de arena, desprovista de millares de árboles frutales arrancados de cuajo, convertida en infecta laguna, sin medios de comunicacion por la ruptura de puentes, y privada del riego á que se atendia con las acequias hoy ce-

gadas y con las presas y azudes que la violencia de las aguas ha derruido.

El triste convencimiento de que habian de ser estériles é insuficientes la iniciativa individual, los más nobles deseos y la más generosa y decidida voluntad ante el cuadro que á la ligera queda bosquejado, cuadro de devastacion que no palidece, por desgracia, en lo que á pérdidas materiales se refiere, ante el que presencié no há mucho otra comarca española que pudo arrancar un testimonio de cariñosa simpatía y cuantiosas dádivas á todo el mundo civilizado, decidió desde luego á esta Corporacion á solicitar del Gobierno de S. M. los auxilios que una bien entendida prevision reserva para casos tales, y á encargar, con vivas instancias á los Sres. Diputados y Senadores aragoneses que apoyaran con todo el prestigio é influencia á que su alta representacion les da derecho, tan justa demanda. Cómo han cumplido estos con las inspiraciones de su patriotismo y con lo que exige el solícito interés que en pró de sus administrados debe guiarle, lo prueba una orden comunicada al Excmo. Sr. Capitan general de este distrito, disponiendo que coadyuve, con las fuerzas militares necesarias, á los trabajos materiales que sea preciso hacer en los pueblos inundados, y la formal promesa de consagrar una cantidad del capítulo que en el presupuesto general del Estado se dedica á calamidades públicas semejantes á las que deploramos.

Estas, sin embargo, son tantas y tales, y la cantidad presupuesta tan exigua, comparada con la de 40 á 50 millones de reales á que, sin temor de exageracion, puede asegurarse que ascienden las pérdidas sufridas en esta provincia, que el donativo del Gobierno, por espléndido que sea, apenas bastará para enjugar alguna lágrima, para remediar algun daño de los muchos é incalculables que se han sufrido y para justificar una vez más la hidalga gratitud y el afecto del honrado pueblo aragonés hácia los que tan señaladas muestras le dan de cariñosa solicitud.

Para secundar tan humanitarias disposiciones, acordóse asimismo que dos Sres. Diputados se trasladaran á Madrid á gestionar la pronta resolucion de varios asuntos y en especial de los que se relacionen con el socorro de las campiñas asoladas tanto por las inundaciones del Jalon y afluentes suyos, como por las tormentas y pedriscos que han descargado en otras comarcas, y nombrar una Comision especial encargada de distribuir los donativos del Gobierno y de esta Corporacion, entre los pueblos que más hayan padecido en las obras y servicios que afecten al público y comun de vecinos; allegar nuevos recursos y disponer que el personal facultativo de Obras públicas de la provincia, en sus dos secciones de carreteras y construcciones civiles, presten los servicios científicos y facultativos necesarios; y, por último, de practicar cuantas gestiones crea convenientes al objeto indicado.

Los pueblos, por su parte, deberán atenerse al cumplimiento de la Instruccion de 20 de Diciembre de 1847, que marca un plazo de ocho dias para empezar á incoar los expedientes, y exige justificaciones periciales, dando cuenta dentro de dicho

término á la Administracion económica de la provincia.

Siendo necesario como punto de partida el conocer con toda la exactitud y veracidad posibles el importe de los daños ocasionados, la Comision recomienda á los Ayuntamientos que, auxiliados por los señores Curas párrocos y tres primeros contribuyentes que no hayan sufrido daños (en donde esto sea posible), formen relaciones valoradas de los perjuicios experimentados, y muy especialmente de los que se refieran al comun de vecinos, como puentes, caminos, etc., y que con la brevedad posible las remitan á esta Comision, que se dará por satisfecha y recompensada en sus tareas, si al fin de ellas puede lisonjarse de haber contribuido algun tanto al remedio de las desgracias que hoy afligen á una de nuestras más fértiles regiones.»

## QUINCENA MADRILEÑA.

Si hubiese de escribir esta *Crónica* dentro de dos ó tres dias dírame poco cuidado el desempeño de mi cometido. Las fiestas de San Isidro, su romería, los accidentes iguales siempre y siempre variados, que en ella ó con ocasion de ella ocurren, todo esto constituye siempre asunto para llenar abundante número de cuartillas que, bien que no satisficieran por completo el objeto que debe llenar esta correspondencia quincenal mia con los ilustrados lectores de la REVISTA, entretendrian á lo ménos su atencion mientras por ella pasaban los ojos.

Pero no ha llegado todavía el dia en que el calendario señala como santo el labrador patrono de la villa del oso, en la que tantos hacen el idem, y yo, como los forasteros que pretendiendo divertirse han venido, he de ocuparme en distintos asuntos.

\* \* \*

Todo lo que durante algunos dias ha llamado la atencion de los madrileños pertenece al género de los cuadrúpedos. El burro Marco, que hace sus raras habilidades en el circo de Price y las carreras de caballos: hé aquí los dos asuntos, no diré que todas, como suelen otros revisteros, pero sí de muchas conversaciones. A propósito de las últimas pretenden algunos sostener que va echando raíces entre nosotros la aficion á este género de espectáculos. Respetando su opinion tanto como otra cualquiera, entiendo que no es exacta. A presenciar las carreras de caballos asisten muchas mujeres bonitas y en Madrid hay muchos desocupados, todo lo cual puede justificar el que algunos apasionados tomen por entusiasmo hácia las fiestas hípicas, lo que es simple resultado de la curiosidad, de las exigencias de la moda, ó del deseo de *matar el tiempo*. Lo que no veo es la trascendencia de las carreras para el fin general á que segun algunos responden: me hubiera explicado su utilidad y lo necesario de que hubiese muchos caballos corredores cuando habia precision de viajar en sillas de posta. Pero no me explico que se sostenga la excelencia de este espectáculo para

que haya en una nacion doscientos caballos muy caros que corren mucho durante diez minutos y no sirven para otra cosa.

El carácter de la fiesta, con perdon de sus apologistas sea dicho, no responde tampoco al de los españoles. Un jóven paisano nuestro, casi tan conocido en Zaragoza como en Huesca, y que de poco tiempo á esta parte cultiva con excelente resultado el campo del periodismo, me decia el otro dia, resumiendo sus impresiones sobre la primera carrera de caballos que habia presenciado:

—Chico, la verdad es que esa regularidad en la carrera y esos largos intermedios de una á otra, no pueden satisfacer á los que como nosotros estais acostumbrados á ver en las corridas de toros durante tres horas expuestas á cada instante la vida de varios hombres.

\* \* \*

La novedad literaria es Zola traducido. Ya un amigo mio habia dado á luz la traduccion al español de una de las novelas del célebre autor francés, en la que no se despliegan todavía las minuciosidades realistas que son en él características. Pero soltado el nombre á los vientos de la publicidad, ha venido inmediatamente lo que el nombre autoriza, y hétenos ya saboreando el realismo por completo en la traduccion de *L' Assommoir*, que á pesar de ser intraducible, segun algunos, ha vertido correctamente al castellano un periodista de profesion y Toro de apellido.

\* \* \*

En donde no hay novedades que valgan la pena de ser señaladas es en los teatros. Los pocos que han estado abiertos al público durante la temporada y no han puesto término á ella todavía marchan hácia este fin, y cuando terminen en la Comedia las tareas de la compañía italiana quedaremos, segun costumbre, reducidos á los que, como la Alhambra y el Circo del Príncipe Alfonso, tienen condiciones para funcionar en verano.

Fuera injusto cerrar este párrafo sin hacer una excepcion que contraria la afirmacion con que le he dado principio, excepcion que honra al que la ocasiona. Novedad, y novedad satisfactoria para nuestro colaborador el Sr. Blasco, ha sido la traduccion al italiano de su conocida comedia *El baile de la Condesa*, puesta en escena por la compañía en que actúa la Sra. Marini.

\* \* \*

Si yo fuese competente en materias científicas me extenderia en consideraciones sobre los resultados altamente beneficiosos que pudiera producir el invento por un relojero apenas conocido, llamado Rosell, quien mediante una máquina por él construida y empleando como motor una pequeña cantidad de agua de la que sobra en las fuentes de Madrid, ha encontrado el medio de hacer más fácil y posible la vida de muchas industrias á que puede aplicarse su aparato, por el cual ha obtenido privilegio.

\* \* \*

La historia de siempre: un él y una ella como personajes principales, el amor, el abandono y los celos ó el despecho como resorte, una catástrofe por desenlace. Un drama.

Él la queria; ella le despidió, y temiéndolo todo de su carácter lucia su presencia: la encontró con su hermana en la calle de Jacometrezo y despues de darlas de puñaladas se disparó un tiro.

—¡Oh! las mujeres, las mujeres...—me decia un amigo oyendo referir el caso.

Y una señora que se hallaba presente, repuso:

—Sí, pues los hombres...

MARIO.

## FÁBULAS.

### I.

#### LO MAL ADQUIRIDO....

Hombre de pelo en pecho,  
Un jóven atrevido  
Que en su vida cursó Jurisprudencia,  
Doctor se hizo en Derecho,  
Valiéndose de un medio muy torcido.  
En fin, se hizo Doctor, pero *in absentia*.  
Mas divulgóse el hecho entre las gentes,  
Y se quedó cual yo pronosticaba:  
Sin dinero, sin honra y sin clientes.  
*Quien mal anda, lectores, mal acaba.*

### II.

#### EL PAJARILLO INCAUTO.

Un jóven temerario  
Abrió una jaula, y se escapó el canario.  
Voló el pájaro al monte en rauda giro,  
Y un cazador le despachó de un tiro.  
*La jaula es tu taller, pobre artesano;  
Y el jóven que te adula y que te engaña  
Para abrirse al poder camino llano,  
¿Sabes quién es? «El capitán Araña.»*

LEON CARNICER.

## POESIAS.

### I.

#### BRINDIS

PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFRECIDO Á CONCEPCION JIMENO.

Aragon, hermosa tierra  
De vates y de guerreros:  
Tus mujeres son luceros  
Que en la paz como en la guerra  
Sabén brillar hechiceros.

Aun te cubres de fulgor,  
Aun das clarísimos séres;  
Aun te admiramos, aún eres  
Cuna de aquellas mujeres  
Que se morian de amor;

Aun á la altura arrebatas  
La inspiracion con que brillas,  
En que tu génio delatas;  
Aun sabes darnos *Zapatás*,  
Aun puedes darnos *Pradillas*.

Siempre la frente, Aragon,  
Te ceñirás de arrayán,  
Y las mujeres serán

El más hermoso florón  
Que tus coronas tendrán;

Aun, como sombras divinas  
Coronadas de laureles,  
Se levantan de tus ruinas  
Las *Buretas* y *Agustinas*,  
Las *Sanchos*, las *Isabeles*;

Aun ciñes mágica aureola,  
Aun resplandeces sereno  
Sobre la tierra española:  
Aun la patria de Argensola  
Puede dar una *Jimeno*.

Mas ya que humilde vertí  
Las frases que pronuncié,  
¿Mostrarme injusto podré  
Con las damas que hay aquí?

Si el estelar resplandor  
Es como aroma del cielo  
Y se sonríe en el suelo  
Como una estrella la flor,

Siempre sereis las mujeres  
Isla de amor y de calma,  
Flores, estrellas del alma,  
Aroma, luz de los séres.

Brindad conmigo, señores:  
A la salud de estas bellas,  
De este puñado de estrellas,  
De este puñado de flores.

## II.

## EN EL ALBUM DE UNA ILUSTRE DAMA.

Bella es la nieve que cubre  
La cima de las montañas,  
Bella la espuma que arroja  
Sus perlas sobre la playa;

Bello el cisne que se tiende  
Sobre el azul de las aguas,  
Bella la nube teñida  
Con los reflejos del nácar;

Bello el armiño que ostenta  
Su blancura imaculada,  
Y la azucena, purísima  
Cual las sonrisas del alba;

Pero más bello es el rayo  
Que de tus ojos exhalas,  
Tan puro como el hechizo  
Que brota de tu garganta;

Pero más bello es tu rostro,  
Donde algo célico irrada  
Que sólo irrada en la frente  
Del ángel ó de las santas;

Pero es más dulce y más bello  
Tu nombre, angélica Blanca,  
Y más bello que tu nombre  
Y que tu rostro es tu alma.

No te asombre si la altura  
Te niega sus resplandores,  
O si al mirarte, las flores  
Sonríen con amargura.

¿No han de inferirles agravios,  
No han de causarles enojos  
Las estrellas de tus ojos  
Y las rosas de tus lábios?

Tú que haces palidecer  
A la flor y á las mujeres,  
¿Qué representas? ¿quién eres?  
¿Eres acaso mujer?  
Algo hay tan puro en tu sér  
Y ostenta tan alto vuelo,  
Que los séres de este suelo  
Dicen que aquí no has nacido,  
Angel de luz desprendido  
De las hogueras del cielo.

## III.

## SONETOS.

## DOS INFINITOS.

Estalla en rayos el furor que encierra  
La parda nube, y se estremece, y zumba,  
Como en la boca de siniestra tumba,  
En los negros abismos de la tierra;

La ronca voz del huracan que aterra,  
Por el inmenso espacio se derrumba,  
Y sobre el orbe, en fúnebre balumba,  
Sus iras tiende pertinaz la guerra.

Nuncios de horror y tempestad insana,  
Las nubes de la altura y las del suelo  
Arden lanzando por doquier sus gritos,  
Y rugen sin cesar dos infinitos,

Un infinito en el ardiente cielo  
Y otro infinito en la ambicion humana.

## AL ILUSTRE AUTOR DE «EL NUDO GORDIANO.»

D. F. SELLÉS.

¡Cómo se siente circular la vida  
De excelsa llama por tu sér lozano!  
¡Cómo llega tu aliento sobrehumano  
Hasta el fondo del alma estremecida!

En cieno vés la sociedad hundida,  
Y al revolver su corazón insano,  
Le echas al rostro con valiente mano  
Toda la podre de una horrenda herida.

Tú descendiste de inflamadas cumbres  
A dorar con el rayo de tus lumbres  
Los valles nebulosos del proscenio,  
Y entre abismo de sombras é impureza,

Eres la llama, la inmortal grandeza,  
La vengadora tempestad del génio.

Diciembre del 78.

## CASTELAR.

¡Vivo fulgor que el huracan no empaña,  
Mágico eden que no tendrá segundo;  
Raudal de encantos, orador fecundo,  
Sol que de gloria y majestad nos baña!

¡Gigante brillador cual la montaña  
Rota al esfuerzo de su hervor profundo;  
Astro inmortal que nos envidia el mundo,  
Que aún hace al mundo saludar á España!

Titan del siglo, colosal lumbrera  
 Que haces latir y despertar al hombre  
 Al beso de una virgen primavera:  
 Cuando tu fosa de laurel se alfombra,  
 Un nuevo sol palpitará en la esfera,  
 El mundo entero adorará tu nombre.

V. MARIN Y CARBONELL.

## ORIENTAL.

### Á LA LUZ DE LA LUNA.

(TRADUCCION DE VÍCTOR HUGO).

Per amica silentia luncæ.

Luna serena y tranquila  
 riela en las plácidas ondas,  
 y desde el alto ajimez  
 que inmóvil sobre ellas flota,  
 contempla triste sultana  
 la nívea franja que borda,  
 sobre escarpados islotes,  
 del mar la espuma hervorosa.

Deslízase de sus manos  
 gimiendo, armónica tiorba...  
 y escucha un extraño ruido  
 entre el rumor de las olas.

¿Es un bajel otomano  
 que el archipiélago azota  
 con el peso de sus remos?

¿O tal vez cruza las ondas  
 deslizándose entre ellas  
 veloz y parda gaviota?

¿O es quizá génio nocturno,  
 triste y fatídica sombra  
 que de la almenada torre  
 al mar las piedras arroja?...  
 ¿Quién así turba la calma  
 de la noche silenciosa,  
 junto al harem misterioso  
 que hijos de Africa custodian?

Ni es el pirata bajel  
 que pasa junto á la costa,  
 ni génio triste y sombrío,  
 ni audaz y parda gaviota.

Son unos pesados sacos  
 que sobre las olas flotan,  
 de los que parten gemidos  
 que las entrañas destrozan,  
 y cuyo interior confuso  
 remeda una humana forma...

¡Y en tanto luna tranquila  
 riela en las plácidas ondas!...

B. MEDIANO Y RUIZ.

## ESPECTACULOS.

Estéril por demás ha sido, para aquellos que prefieren á todo las desinteresadas y estéticas emociones que solo el verdadero Arte proporciona, la quincena anterior.

Si prescindimos de las creaciones musicales de los grandes maestros que la compañía de ópera ha procurado interpretar con más valor que fortuna, en estos últimos días, nada encontraremos que responda á esta necesidad de todo espíritu elevado. *Cojuelo* en su Crónica trata ya de las *cojas* armonías y cánticos con que la asendereada compañía se despidió de nosotros. Afortunadamente se han borrado ya las penosas impresiones que aquellos *cantos de cisne* (ó de gallos si á VV. les parece mejor) produjeron en todos los oídos sensibles á los encantos de la filarmonía y no hay para qué recordarlas.

Pasemos, pues, del canto italiano (hasta cierto punto) á la prestidigitacion francesa, aún cuando para ello nos sea preciso dar un salto más asombroso que el del pasiego Alvarado.

\*\*\*

No es muy susceptible de poetizarse el *escamoteo*, pero si lo fuera, indudablemente estaría reservada esta satisfaccion á Mad. Anguinet.

Las suertes que ejecuta son variadas; en alto grado sorprendentes los juegos de destreza que lleva á cabo, y selecto su repertorio de metamorfosis, cambios, y sorpresas que al público proporciona, pero no es ménos cierto que al buen éxito contribuyen la amenidad y gracia del trato y modales de la nigromántica, el *savoir faire* para conseguir poner de resalte, sus facultades en el arte, hoy elevado á ciencia, de Bosco y Hermann, la irreprochable *tenue* con que se presenta al auditorio la protagonista que logra durante tres horas ¡cosa rara tratándose de la hoy vulgarizada prestidigitacion! sostener un interés creciente y hacer pasar una velada agradable.

\*\*\*

Los que á otra clase de espectáculos más *españoles* se inclinan, apenas habrán podido satisfacer su afición asistiendo á las *parodias* de corridas de toros que durante los últimos días festivos han tenido lugar.

Somos piadosos y no queremos hablar de ellas porque tendríamos que zaherir muy duramente á *diestros* muy *inhábiles*, á públicos que en mengua del principio de autoridad silban como energúmenos ¡la presidencia!, á presidentes que no saben presidir y á toros que no quieren dejarse matar y exhalan en el corral su último bramido.

\*\*\*

En el Teatro de Pignatelli ha empezado á actuar otra compañía de aficionados, entre los que hay algunos que revelan felices disposiciones para el arte escénico.

Si estas esperanzas se tornaran realidades, estarían de enhorabuena ellos... ¡y también nosotros!...

### LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

*Diccionario municipal y provincial.*—Compilacion de las leyes y disposiciones vigentes relativas al régimen de las provincias y de los municipios, por D. Adolfo Galante y Ruperez.

Esta publicacion digna de recomendarse á los Sres. Gobernadores de provincia, Diputados, Alcaldes, Concejales y Secretarios de Ayuntamiento, lleva oportunas notas, comentarios y explicaciones prácticas para su más fácil aplicacion é inteligencia y vé la luz pública en Madrid, por entregas de 16 págs. á dos columnas.

Han aparecido ya 31 entregas y se suscribe en la Administracion calle de Leganitos, núm. 59, Madrid.